

Lucía Gil

El planeta  
que  
inventemos

# *El planeta que inventemos*

*Lucía Gil*

Esencia/Planeta

© Lucía Gil, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Sophie Güet a partir de imágenes de @lucianewman / Freepik  
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: mayo de 2021  
ISBN: 978-84-08-24175-1  
Depósito legal: B. 5.209-2021  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1  
  
*Rubia*

El péndulo que está sobre la mesa se mueve de lado a lado. Me concentro mirando un punto fijo que coincide con el reloj de la pared. Solo quedan cinco minutos para que termine la sesión de hoy. Normalmente, cuando llevo unos veinte, ya estoy completamente relajada, pero hoy ni el agradable olor a limón que caracteriza este cuarto ni las preciosas plantas que decoran la sala consiguen calmarme.

Bebo agua del vaso que Isabel prepara siempre para mí y respiro hondo.

—A ver, Julia. Hagamos el siguiente ejercicio. Yo ahora mismo soy Julián. Dime todo lo que me quieras decir —suelta mi psicóloga.

—¿Así, tal cual?

Isabel asiente y trago saliva tan fuerte que casi me atraganto.

—Julián, creo que todavía no has entendido que la jefa soy yo. Puede que tengas veinte años más y muchísima experiencia, pero la empresa es mía y aquí se hace lo que yo diga. —Mi enfado aumenta con cada palabra que sale de mi boca. Isabel me mira con cara de interés, frunciendo el ceño. Es como si me estuviera pidiendo que le pusiera todavía más empeño a no frenar mis impulsos de agresividad. Continúo con mi monólogo—: Estoy harta de que llegues todos los días tarde, harta de la peste que traes cada mañana, por el amor de Dios, dúchate, y

estoy harta de no parar de poner cartelitos anónimos en el baño para que no me lo dejes perdido. Sí, has entendido bien, el papel que hay pegado en la pared, el del dibujito de la escobilla con pestañas del que sale un bocadillo gigante pidiendo limpieza y educación, lo he puesto yo... Julián, me caes mal, muy mal. Y no pienso permitir ni una sola más de tus faltas de profesionalidad.

Termino el discurso y me dejo caer de agotamiento en el sofá. Isabel me mira y con voz firme dice:

—Estás preparada.

\* \* \*

Salgo decidida a la calle. Camino con un aire de superioridad. Tengo suerte, la consulta de la psicóloga queda muy cerca de mi trabajo. Entre lo que me dejo en cada sesión y lo que gasto en el carísimo alquiler de mi casa de muñecas, no sería capaz de llegar a fin de mes si tuviera que desplazarme en taxi.

Siempre dicen que, si no quieres arrepentirte, las decisiones no deben tomarse en caliente, pero en este caso no barajo otra opción.

He llegado a la oficina tan rápido como he podido. Localizo enseguida a Julián. Es un hombre de unos sesenta años, trajeado pero poco elegante, algo casposo y de aspecto friki. No es nada personal, pero su mal olor y sus faltas de interés en lo que hace empiezan a serlo. Cuando estoy a unos veinte centímetros de su cara, preparada para encararme como un basilisco y totalmente decidida a soltar lo que pienso, toma la palabra y se me adelanta.

—¡Buenos días, señorita Julia! Necesito pedirle algo importante. Esta semana vuelve mi hija de Francia. Acaba de ser ma-

dre y me encantaría poder estar con ella este sábado, pero es imposible porque tenemos evento fuera de Madrid. ¿Podría encargarle el trabajo a Mabel y darme el fin de semana libre?

—Eh..., por supuesto, Julián. Ningún problema. Hablo dentro de un rato con Mabel y lo cuadramos...

A veces siento que el mundo no está diseñado para mí. Tendría que estar por ahí bebiendo, saliendo, bailando reggaetón, borracha perdida y sin darle explicaciones a nadie.

Solo tengo veintiséis años y me he convertido en una verdadera viejoven que lidera una empresa de la que no sabe hacerse cargo.

Siempre me han dicho que de tan buena soy tonta. Al principio me parecía un cumplido, pero ahora se ha transformado en mi mayor problema. Pero es que..., ¿cómo no voy a dejar que Julián conozca a su nieta?

Que me falta autoridad. Eso es lo que dice Isabel, mi psicóloga. Todo el mundo se me sube a las barbas..., no soy siquiera capaz de dominar a los dinosaurios que trabajan para mí. Por no hablar de mis relaciones personales...

**AUTONEPIOFILIA.** Si no sabéis de qué coño estoy hablando, enhorabuena, sois personas felices y normales. Si, por el contrario, conocéis de sobra esa palabra, alejaos de mí.

La autonepiofilia es la filia de las personas que encuentran placer en ser tratadas como si fueran bebés. Mi vida hace unos meses era parecida a la de una cuidadora de guardería. Álex, mi exnovio, la padecía. Reconozco que la primera vez que me pidió que le dijera «cosas infantiles» mientras follábamos me puso un poco cachonda. No me preocupaba demasiado porque pensaba que sería solo una fantasía puntual, fruto de la rutina, pero la cosa empezó a ir a más.

Con todos mis respetos al rey del pop, no quería que mi casa

se convirtiera en nuestro «Neverland» particular. A mí los parques temáticos y los niños pequeños no me van demasiado...

Empezó a hacerlo también en la calle. Darle el biberón y echarle talco en el culo en casa tenía un pase, pero la primera vez que me llamó «mami» en público lo pasé regular. Al principio pensé: «Bueno..., entre tanto trap y reggaetón la gente no pensará nada extraño. “Yo soy su mami, él es mi papi..., yo qué sé...”», pero enseguida se esfumaron las dudas de que aquello se tratara de un simple apodo moderno. ¡Que tenía caca!, me gritaba desconsolado. Se me tiró al suelo en medio de la calle Preciados. Después de ese episodio llegó nuestra última crisis. Lo pasé mal. No creáis que la decisión fue fácil. Una filia de este estilo puede parecer graciosa, pero cuando se vive en primera persona puede terminar resultando un infierno. Estaba enamorada, Álex no era mal chico, pero el juego se le empezó a ir de las manos. De vez en cuando me llama para tomar un café. Aún tiene unos cuantos trastos en mi casa y quiere recuperarlos, aunque sé perfectamente que es una excusa y que en el fondo solo busca volver a verme.

Ahora estoy bien, o al menos eso creo. No tengo tiempo suficiente para involucrarme en relaciones, ni siquiera para citas esporádicas. No me apetece nada contarle mi vida a alguien y mucho menos que alguien me cuente la suya.

Me he convertido en una aburrida. Estar todo el día enfundada en americanas y pantalones de traje aparentando ser una persona seria y estable me resulta exasperante.

Llevo sin ir a la peluquería dos años. Esta simplona y larga melena castaña me hace olvidar que hace no tanto tiempo yo era otra persona completamente distinta.

Todo empezó a cambiar cuando mi padre se largó a vivir la vida loca con una brasileña y me dejó a cargo de una empresa

llena de deudas que tuve que solventar como buenamente pude. Mi madre..., bueno, mi madre pasó de ayudarme porque desde hace muchos años no tiene nada que ver con él. A veces incluso dudo de si mi padre es mi verdadero padre, aunque esa es otra historia.

Está loca. Es fuerte decir que tu madre está un poco desequilibrada, pero es lo que pienso. Siempre ha pasado de todo. Cuando era pequeña, quería matarme de aburrimiento. Recuerdo verla quemando palitos de incienso y haciendo taichí, reiki, yoga... Todo el puñetero día saludando al sol.

Espirulina, hinojo, chía, lino, quinoa..., ni una puta vez me llevó a comer al Burger King. Ah..., y no olvidemos lo de *Stuart Little*. Eso sí que no se lo perdonaré jamás. Estaba emocionadísima con mi primera mascota, un hámster que me regalaron cuando tenía ocho años. No me rompí demasiado la cabeza con el nombre, eso es cierto, pero no importaba, porque por primera vez sentía que alguien en mi casa me entendía.

Se lo cargó. ¿No podía probar sus dichosas agujas de acupuntura en otra piel? Por ejemplo, ¿en la suya propia?... Mi hermana mayor, Silvia, tampoco hizo nada para evitar la tragedia...

Siento que desde hace demasiado tiempo nada me sale del todo bien. Creo que estoy cansada de ser yo. Nunca lo digo, pero a pesar de estar rodeada de mucha gente, a veces me siento un poco sola.

\* \* \*

Llego a casa asfixiada de calor. Principios de septiembre y el angustiante bochorno no remite. Lupe está tumbada como siempre en mi cama con la tele y el ventilador encendidos, pero se incorpora rápidamente para fingir que está trabajando.

—Julia... ¿Qué tal? —pregunta interesada.

—Bueno..., pues como siempre... Bien.

Algo pasa cuando te hacen esa pregunta. Nos hemos acostumbrado a contestar «Bien» automáticamente, aunque la mayoría de las veces no estemos diciendo la verdad.

Si en realidad quieres saber lo que le pasa a alguien, reformula la cuestión.

—¿Vuelves del trabajo?

—Claro.

Tengo hambre. Son las cinco de la tarde y no recuerdo si he almorzado o no. Odio cuando me pasa eso. ¿Estoy loca?

Me acerco a la minúscula cocina y rebusco en los cajones. Tienen que estar aquí..., esas estúpidas cajas de té que compré hace tiempo para intentar reducir la celulitis.

Ahora caigo. He comido un puré de verduras en un táper a toda prisa, de pie y pringándome entera. Estaba rico, pero la experiencia ha sido un asco.

—¿Tú qué estabas haciendo? —le pregunto a Lupe.

—Nada..., estudiando un rato. —Miente. Ella es maquilladora y peluquera, pero ahora está sin curro. Siempre dice que está «estudiando», pero nunca nadie termina de enterarse muy bien de qué. No tengo el día como para intentar interesarme...

Doy con unas cuantas cajas de infusiones, todas con rótulos prometedores que se presentan como mi mayor aliado para combatir la piel de naranja. Me siento inteligente por saber que un poco de agua con hierbajos (de un euro) no acabará con mis bollitos en las piernas, y a la vez un poco tonta por haberme gastado el dinero.

Pongo el agua a hervir. Estoy algo ansiosa. No paro de dar estúpidos paseos por el salón de casa y me doy cuenta de lo pequeña que se me hace cuando las cosas no me salen como

quiero. Vivo sola. Imaginaos, un estudio de veinticinco metros cuadrados con la cama en un altillo solo podría ser habitado por una persona. O por dos que se quisieran mucho y a las que no les importara tener un constante rozamiento. La segunda opción la tengo descartada, aunque mi amiga Lupe pasa la mayor parte del tiempo aquí. Tiene su cepillo de dientes, su bata-manta, un neceser de emergencia, unos vaqueros y unas cuantas camisetas bonitas.

Llaman al timbre. Supongo que será Diego. Lo único increíble de vivir en esta casita de juguete es la corrala. Tener vistas a un patio interior solo puede ser bueno si casi todos tus vecinos son también tus mejores amigos. Poder ir en pijama y tomarme una cerveza con ellos sin salir del portal me da la vida.

—¡Venga, zorras, abridme, que pesa! —dice sofocado dando unos golpecitos en el cristal de la ventana.

Lupe se acerca.

—¿Qué traes?

—Cervezas, que empieza el finde. Daniela y Marcos están al llegar, y León acaba el entrenamiento y sale al patio.

—¿Otra vez haciendo ejercicio? —pregunto—. Este chico es vigoréxico.

—Te ayudo a poner la mesa —se ofrece Lupe.

Suena mi móvil. «Mabel.» No, por favor..., más problemas no.

—Ahora bajo, chicos, tengo que contestar la llamada.

Oigo un ruido que proviene de la vitrocerámica. El agua empieza a escaparse de la tetera. ¡Mierda! Me había olvidado de la infusión. Apago el fuego intentando no tocar el metal incandescente y sirvo el agua en una taza.

—¡Mabel! —contesto tratando de parecer tranquila.

—Hola, cielo... —El tonito con el que ha empezado la llama-

da no me gusta un pelo. Ella es muy dulce, pero ha sonado más impostado de lo normal.

—Cuéntame. ¿Ha pasado algo?

—Verás..., tenemos problemas con la lista electrónica que nos has mandado con los invitados del evento de mañana.

—¿Qué problemas?

—No podemos abrirla. Nos la enviaste en un email y no sabemos muy bien qué hacer con ella. —Esto debe de ser una broma. Vuelvo a dar paseos nerviosos por toda la casa.

—Mabel, a ver... Es tan simple como abrir el correo y reenviárselo a las azafatas que controlarán la entrada mañana.

—Ya, cielo..., pero el problema es que no manejamos bien este ordenador. Si pudiéramos tenerla en papel...

Me contengo. Quiero mandarla a la mierda, pero no puedo. Ha vuelto a llamarme «cielo». Meto la bolsa del té en el agua y pienso rápido.

—Tranquila, Mabel. Yo me encargo. Descansa. Nos vemos mañana. —Y cuelgo tirando el teléfono contra el sofá. ¡Qué putos nervios!

La cara de Isabel se me presenta entonces como una especie de Eduard Punset dándome consejos. No sé qué me da más miedo, si ver como un espejismo a mi psicóloga o habérmela imaginado con la voz de Eduard Punset.

Sigo dando vueltas y vueltas. Mi pierna se mueve sola con un tembleque desagradable. Le doy un trago a la infusión esperando que me calme un poco. Qué puto asco.

«Te falta liderazgo, AUTORIDAD»; Isabel me lo repite una y otra vez. También me dice muchas veces «Llámame cuando lo necesites». Quizá este sea un buen momento para hacerlo.

Cojo mi teléfono y, sin darle ni media vuelta a la idea, marco su contacto.

—Hola, Julia. ¿Todo bien?

—Más o menos...

—Cuéntame. ¿Es por el trabajo?

—Bueno, es por todo en general...

—¿Cómo fue con Julián?

—¿Que cómo fue? Pues he terminado dándole el fin de semana libre...

—Autoridad, Julia... —Estoy empezando a odiar esa maldita palabra.

—Es muy difícil ser yo, Isabel... Me levanto todos los días pronto para intentar llegar más o menos decente al trabajo; total, no entiendo para qué, si mis trabajadores son medio ciegos. Están todos entre los setenta y la muerte. ¡Que no saben mandar emails, Isabel!... Ninguno sabe usar los Macs que he comprado. Cinco mil pavos a la basura.

—Uau —suelta, y sigue escuchando atenta al otro lado del teléfono.

—Parece que me chotean. Cuando salgo de trabajar me voy a casa. Sola. Vivo rodeada de mis mejores amigos, pero ellos ya tienen una vida aparte. Trabajo en una empresa que parece una residencia y cuando llego a mi piso me siento vacía. Joder..., que a veces me apetece hasta llamar a Álex y prepararle una papilla o un biberón...

—No, eso sí que no —contesta entre risas. Tengo la sensación de que hasta a mi psicóloga mi vida le parece una serie de comedia.

—Realmente no sé qué estoy haciendo mal. O sea, soy mona, maja, tengo estabilidad económica o al menos por ahora, sé cocinar... ¿Quién cojones sabe cocinar con veintiséis años? Ahora todo el mundo pide un Glovo, pero no, yo me hago mi cocido montañés, mis lentejas a la riojana, mis alubias a la marinera. Pero ¿quién utiliza esas palabras en este siglo?

Oigo más risas al otro lado del teléfono.

—Eso es genial.

—¡Eso es la hostia! Soy un partidazo. Un chollo. —Me relajo un poco. Desahogarme siempre me vuelve muy «taquera»—. Y todo eso, ¿para qué? ¿Para llevar esta vida que no me gusta? Ahora dime que es fácil ser yo...

—Quizá ese sea el problema. —Me extraña la respuesta. Tengo el ceño fruncido, pero dejo que continúe—: Tienes que dejar de ser tú. Experimenta más allá de tu propia personalidad.

—¿Cómo?

—Juega a tener otras vidas, a ser otras personas.

—No te capto, Isabel...

—No tengas miedo de matar a la Julia que eres hoy. Mátala y resucítala. —Cuando se pone así no hay quien la aguante, aunque lo que me dice me resulta interesante—. ¿Cómo quieres llamarte?

—¿Qué? —pregunto descolocada.

—Que cómo te gustaría llamarte si no te llamaras Julia.

—Todo esto me parece una chorrada, Isabel...

—Es un juego. Puede ser importante si quieres cambiar. Empieza modificando el nombre. ¿Cómo te gustaría llamarte?

Me quedo callada unos segundos. Una lista interminable de nombres se embarulla en mi cabeza. Solo se me ocurren nombres corrientes y aburridos: María, Ana, Elena, Marta... Definitivamente, no puedo ir a mejor si pretendo cambiar mi nombre por otro más simple. Pienso entonces en alguno extremo. África, Desirée, Havana... Tampoco me convencen. Sigo pensando y siento prisa por contestar algo.

—¿Ya lo tienes?

—¡Anastasia! —Lo he decidido al tuntún, porque justo estaba saliendo un anuncio de ese musical en la tele.

—¿En serio? —pregunta Isabel.

—Pero ¿qué pasa ahora? ¿No sirve? Tiene lo que me falta. Es como un poco atrevido, morbosillo...

—No es por eso. ¿Sabes lo que significa Anastasia? —Niego con la cabeza—. «La que vuelve a la vida.»

\* \* \*

Me he dado una ducha fría y he echado a lavar la aburrida ropa que me pongo para currar. La he sustituido por una camiseta de tirantes blanca y unos vaqueros rotos cortos. Tras recogerme el pelo en un moño alto, ya estoy preparada para bajar al patio y desconectar con mis amigos. Oigo barullo. Daniela y Marcos han llegado, y parece que León también ha terminado su entrenamiento. La infusión se ha quedado fría, pero voy a forzarme a tomarla, así que me la llevo.

—Bueno, bueno, la parejita del año... —dice León, que ha salido al patio sin camiseta—. ¿Ya habéis decidido dónde celebrar la boda?

—Lo estamos organizando con Julia, ¿verdad, Marcos? —contesta Daniela emocionada.

Que una de tus mejores amigas te encargue la preparación del día más importante de su vida es una responsabilidad enorme. Sobre todo cuando tu maldita empresa de organización de eventos no atraviesa ni de lejos su mejor momento. Nuestra forma de trabajar es un desastre, no podemos estar más anticuados.

—No sé para qué os casáis... Las parejas que llevan tanto tiempo se comprometen y la cagan. Es automático —suelta Diego entre risas.

—¿Te quieres callar?! Deja a la gente vivir. Pues yo sí que

creo en los anillos y en los para siempre... —dice Lupe sonriendo.

—Anda..., pero si tú eres más puta que las gallinas...

Diego es muy burro. Ella también. Son tal para cual. Lupe es mi mejor amiga desde que tengo uso de razón. Hemos ido juntas al cole, al instituto... Aunque parezca mentira, éramos de las rebeldes. Las típicas que se sientan al fondo de la clase y bromean con todo, aunque nunca le faltamos al respeto a nadie. Nos llevábamos bien con todo el mundo. Los profesores nos suspendían, pero nos adoraban. Fuimos muy macarras. Las dos rubias, llamativas, alegres... Llamábamos la atención fácilmente y lo sabíamos. Ella sigue siendo igual, soy yo la que ha cambiado.

Desde hace unos años solemos ir a un bar que queda cerca de casa, Las Delicias, ambientado en el famoso tríptico de El Bosco. Siempre me ha gustado ese cuadro. Quizá porque nos representaba un poco en esa época... Pecados, sexo, locura... Allí trabajaba (y sigue haciéndolo) Diego. Era el camarero más simpático que habíamos conocido en nuestra vida. No le costó hacerse un hueco en nuestro corazón y poco después también en mi comunidad de vecinos. En cuanto se quedó libre el primero, alquiló el piso.

A Daniela y a Marcos los conozco porque también son vecinos. Ellos viven en el tercero. Siempre he tenido más complicidad con ella. Marcos es algo reservado y callado, pero también le tengo cariño. Llevan cinco años juntos y el verano pasado él le pidió matrimonio. Cada vez que hablan del tema, les brillan los ojos.

León (que en realidad se llama Sergio) vive también en el primero. Ese es su apellido. Hay gente que definitivamente nace con suerte hasta para el nombre. También los hay que tienen muy poca. Apellidarte Guapo y ser feo, Escaso y ser gordo, Gran-

de y ser enano debe de ser una verdadera putada. Si yo me apellidara como Sergio, seguramente también querría que me llamaran de esa forma.

Mis amigos no paran de hablar y beber cerveza. Pienso en Mabel, en Julián, en mi trabajo, en la mierda de infusión helada que estoy tomando...

—¿Pensáis que soy una vieja? —digo sin venir a cuento. Todos me miran extrañados.

Diego suelta una carcajada.

—¿Cómo?

—Decid la verdad. ¿Soy aburrida?

Silencio sepulcral en la corrala. A veces, cuando nadie dice nada, te lo están diciendo todo. Caras de póquer. Ni siquiera Diego es capaz de hablar.

—A ver, amor... —se atreve Lupe. Me conoce bien, sabe cómo no hacerme daño—. Es verdad que últimamente trabajas mucho...

—Al grano, por favor —ruego, preparada para oír lo que no quiero.

—Sí —suelta Diego sincero—. Cariño, quizá *aburrida* no sea la palabra. *Coñazo*, *muermito*...

—¡Pues lo estás mejorando! —lo regaña Lupe dándole un golpe en el brazo.

—Lo que quiero decir es que cada vez es más difícil verte... y vivimos en el mismo portal. Antes eras... —Se interrumpe.

—¿Qué era? ¡Habla!

—Pues no sé... Rubia.

—No sé qué quieres decir con eso...

—Ser rubia no es solo un color de pelo. Es una actitud. Y tú además eras una rubia lista —suelta Diego totalmente en serio.

Miro a Lupe buscando complicidad, pero me retira la mirada. Ella piensa lo mismo.

—¡Menuda chorrada! —exclamo dándole otro sorbo a la infusión.

—Por una vez en la vida tengo que darle la razón a Diego. Hace no tanto, eras una rubia de libro.

—¿Y cómo es ser «una rubia de libro»?

—Decidida, apasionada, improvisadora, aventurera... Sexy, coño, sexy.

—Ah, de puta madre... O sea, ¿que ahora no me veis sexy? Vieja y antimorbo, cojonudo.

—Yo no he dicho eso —aclara Lupe—. Eres preciosa, pero ahora eres una más. Pasas desapercibida... Antes eso era impensable.

Trato de digerir todo lo que acabo de oír. Saber lo que verdaderamente opinan de una puede doler. Son mis amigos y quieren lo mejor para mí, pero si eso es lo que piensan ellos..., ¿qué pensarán mis peores enemigos?

Intento darle otro sorbo a la infusión, pero me sabe tan mal que la tiro por la rendija del sumidero del patio y me abro una cerveza. Combatir la celulitis tendrá que esperar...

Saco el móvil y trato de solucionar el problema que Mabel tenía con la lista de invitados de mañana. Un evento a las cuatro de la tarde con el calor que hace... Las empresas grandes deberían dejar de encargar estas chorradas y subir los sueldos. Un cóctel, un discurso del jefe y una actuación musical, eso es todo lo que tenemos programado para organizar. Cada vez que montamos un acto de estos, rezo muy fuerte para que todo salga bien, pero Dios debe de estar siempre atendiendo otra llamada, porque casi nunca pasa...

Me acabo la cerveza y ayudo a recoger las sillas que sacamos siempre al patio.

—¿Qué hacéis esta noche? —pregunto sin pensarlo.

Me miran extrañados.

—Nos quedamos en casa... —contesta Marcos.

—Claro..., la aburrida vida de los casados... —Diego ríe—. Yo me voy dentro de un rato al bar. Trabajo hasta muy tarde... Este finde pringo.

—No puedo, Julia, he quedado —dice Lupe quitándole hierro.

—¿Con Guille?

—No, con otro chico, pero vamos, nada importante... Un hola y adiós.

—Lo que decía antes, más puta que las gallinas...

Carcajada general. Diego y Lupe no paran de bromear.

—Yo estoy libre... —León siempre está dispuesto a cualquier plan.

—Venga, pues luego te escribo y si te apetece vamos a ver a Diego al bar...

\* \* \*

Lupe está tirada en la cama chateando con su presa de esta noche. No paro de darle vueltas a todo lo que me han dicho hace un rato en el patio. Recuerdo la conversación anterior con Isabel. Pienso en Anastasia, mi personaje ficticio. ¿Cómo sería? ¿Cuál sería su forma de moverse? ¿Qué le gustaría beber? ¿Qué tipo de hombre se llevaría a la cama? ¿Cuál le partiría el corazón? Sé que este juego es una locura, pero no me vendría mal convertirme en una actriz por unas horas.

Abro la App Store en mi móvil. Tecleo «Glovo» y descargo la aplicación. No sé muy bien qué estoy haciendo...

Quererse a una misma es señal de que todo funciona bien, pero no pasa nada por desear un cambio.

Entro en la sección del supermercado «Cuidado del cabello» y pincho en el tinte más claro que veo para comprarlo.

—¿Quieres ayudarme? —le pregunto a mi amiga, que se incorpora interesada.

—¿A qué?

—A volver a ser rubia...